

duraré un plan, y vd. mismo se convencerá, hablando con María, de si en tan frágil arca ha depositado ó nó Mauricio los secretos de la órden—respondió Manuel por cuya mente acababa de pasar rápidamente una idea diabólica que quería ordenar y poner en práctica.

—Entóncees, hasta la vista, señor D. Manuel, reitero á vd. mis protestas y disculpas.

—No hablemos mas de eso—contestó Manuel, acompañando á Ludovico hasta la escalera—hasta pasado mañana.

—Hasta pasado mañana.

LXXV.

Plan de conducta.

Luego que Mauricio y Ramon se encontraron fuera de la casa de Manuel, el futuro historiografo de los jesuitas se volvió á su amigo y le dijo con aire de triunfo:

—¡Le hemos confundido!

—Sí—contestó Mauricio—pero algo me dice en mi corazon que nos hemos proporcionado un enemigo mortal. Manuel no es de los que perdonan.

—Me tiene sin cuidado su enemistad, Mauricio—contestó Ramon encogiéndose de hombros—ya una vez supo lo que eran mis puños, y se guardará muy bien de jugarlos alguna mala pasada por respeto á ellos.

—Hay ataques que no se evitan con la fuerza física—dijo Mauricio que se hallaba agitado por un vago presentimiento, y á quien su falta de mundo y su timidez no le impedian ver en la manera con que se habia despedido de ellos Manuel una amenaza terrible para el porvenir—Manuel es poderoso y

cobarde, nos atacará rudamente, pero no cara á cara; debemos esperar que sus golpes sean traidores y alevosos; los cobardes obran con misterio y ejecutan sus planes en las tinieblas de la noche. Manuel se vengará, estoy seguro de ello, y tus puños no podrán evitar que su venganza nos hiera.

La voz de Mauricio habia tomado gradualmente un tono de solemnidad profética al pronunciar las últimas palabras.

Ramon se estremeció y miró espantado á su amigo; cada una de las palabras que brotaban de los labios de Mauricio caian sobre su corazon como gotas de fuego. Sin saber por qué encontraba algo de solemne y de fatídico en lo que el pintor decia, y es que hay momentos de revelacion suprema en que las ígneas lenguas de que nos habla la Escritura descienden sobre la frente de los hombres, no para inspirarles un símbolo de fé, sino para alumbrar ante sus ojos el porvenir que les espera. Ramon se sentia dominado por el extraño acento de su amigo, tembló al escuchar las palabras que se escapaban de sus labios y que no estaba acostumbrado á oírle pronunciar, y permaneció un momento meditabundo; pero á poco su natural carácter se sobrepuso á las impresiones del momento, y soltando una carcajada y dando á Mauricio un golpecito en el hombro le dijo:

—¿Sabes, Mauricio, que desde que eres mason te has vuelto muy ridículo?

—¡Cómo!—contestó asombrado el pintor, que en la situacion de ánimo en que se hallaba no podia comprender que hubiera quien se burlara de lo que decia—¿qué quieres dar á entender con eso?

—Que todo te vuelves misterios, y sombras de la noche, y fantasmas y espantosas visiones; no te falta mas que irte á visitar los cementerios por la tarde y permanecer allí hasta muy entrada la noche vagando por entre los sepulcros, exta-

siándote ante la lamparita de aceite que la devocion de algun deudo hace arder ante la lápida de un muerto, y luego darte aires de poeta romántico y hablar de venenos y de puñales, y de una lánguida aparicion de blanco traje, de negros rizos flotando á la merced del viento, que viene á darte un beso, y en el momento de acercar sus labios húmedos de amor ó de saliva, no estoy muy cierto, á los tuyos, dá un grito y cae desmayada, porque su tirano, es decir, el marido, viene tras ella con el pelo erizado, los ojos encendidos, una vela estearina en la mano izquierda y un agudo puñal en la derecha.

—Pero me querrás decir, hombre de Dios, á qué cuento vienen todos esos disparates?

—¿A qué cuento vienen? á que estás tan repugnante con tu miedo como todos esos melancólicos con su romanticismo. ¿Qué nos ha de hacer Manuel?—prosiguió con tono despreciativo—es un miserable á quien podemos pisotear á nuestro antojo; no tiene mas amor que el del dinero, y hay le hemos arrancado un pedazo del corazon arrancándole ese pedazo de papel, mediante cuya presentacion recibirás un pico regular dentro de un mes.

Mauricio sonrió con aire de duda. Luego, como queriendo dar otro giro á la conversacion, dijo bruscamente:

—Pero vamos, Ramon, no me has dicho todavía lo que debo hacer con la plancha del taller.

—¿Con la plancha del taller?—preguntó con extrañeza Ramon—¿qué quiere decir eso?

—La comunicacion que te enseñé hace un rato.

—¡Ah! ¡es verdad! dispénsame, Mauricio, á cada momento me olvido de que estoy hablando con persona que ha dejado su juicio á la puerta de una logia masónica y que ha perdido hasta el modo de expresar sus pensamientos.

—Estás hoy inaguantable.

—Pero hijo, ¿quién quieres que entienda eso de plancha del taller? solo á los masones se les ocurre llamar plancha á un pedazo de papel robado del Ministerio de Hacienda por algun escribiente mañoso, resellado con un timbre que tiene mas disparates que letras, lleno con las patas de mosca de una especie de evangelista y firmado nada ménos que por un Claudio Neron en persona. ¡Y luego una plancha en que le mandan á uno, como quien dice nada, un abrazo fraternal!

—Y tengo otras—contestó Mauricio dejándose arrastrar por el buen humor de su amigo—en que me mandan el secretario ó el venerable, segun quien las firma, un ósculo de paz.

—Pues mira, hijo, por sabroso que sea un ósculo de paz de un viejo de esos, que es seguro que fuma y casi seguro que toma café con copa, vulgo *fosforito*, en el *Infiernito* ó en *Manrique* antes de ir á la logia, yo te aconsejaria que prescindieras de tanto amor y dieras por bien empleado el cubrimiento del templo con motivo de tu falta de pago.

—Francamente se me resiste ser excluido por dinero.

—¡Valiente escrúpulo! ¿Por qué quieres que excluyan á un hombre de una sociedad de explotacion mútua si no es porque pierden la esperanza de explotarle?

—Has de ser exajerado en todo.

—Digo lo que siento, Mauricio; pero ¿sabes lo que estoy pensando al ver tu obstinacion por continuar siendo mason y despues que he sabido lo del ósculo de paz?

—¿Qué cosa?

—¿No te has de enfadar?

—¿Me enfado yo por algo que tú me dices?

—Mira, chico, que es broma, y la verdad no puedo resistir á decírtelo.

—Habla, hombre, que me muero de curiosidad.

—Me estoy sospechando que tienes aspiraciones á ser e Esporo del Neron de tu logia.

Mauricio soltó una carcajada, y dijo á su amigo:

—¡Tienes unas ocurrencias que hacen reir aunque uno no quiera! ¿de dónde vas á sacar todo eso? Sériamente, ¿qué te parece que haga?

—Pegar con engrudo la *plancha del taller* en el hueco que deje el primer vidrio que rompa María en uno de sus accesos.

—Bueno, pero ¿qué contesto?

—Nada.

—Es una falta de atencion.

—Mayor falta es cobrarte lo que no debes.

—Pero si ignoraban que Manuel.....

—Una de dos, chico; ó en tu logia saben que Manuel es un bribon y le toleran, ó no lo saben; en el primer caso no me puedes negar que el tolerar á sabiendas á un pillo de esa naturaleza en el seno de una sociedad dá lugar á que se crea que toda ella se compone de gentes de la misma especie; en el segundo, sociedad que se cuida tan poco de averiguar la moralidad y la conducta de sus miembros, cuando sus bases son el auxilio mútuo y la confraternidad, no es digna de que pertenezcan á ella los hombres honrados. En este mundo, Mauricio, los hombres se dividen en dos clases: explotadores y explotables; es inúcuo pertenecer á la primera; hallarse en la segunda es peor, es ridículo.

—Si no queda otro recurso que pertenecer á una de las dos clases.....

—Hay un residuo, Mauricio, que se compone de los que no son bastante hábiles ó bastante pícaros para explotar á los demas, y de los que no son bastante tontos para dejarse explotar; formemos parte de ese residuo, y dejemos á la lo-

gia del Areópago que con abrazos fraternales y ósculos de paz les saque dinero á los que le tienen y á los bobos. Si á tí te sobrara el dinero, mejor harías empleándole en proporcionar distracciones á María para que se le olvidara un poco lo difícil, que repartiéndole entre los malos hijos de la viuda.

—Decididamente no contesto, me has convencido.

—Bravo, Mauricio; puedes estar seguro de que luego que el asesino de Británico se convenza de que nunca habría podido sacarte dinero, no le pesará quedarse sin un Esporo de tus prendas.

—Vas resultando fuerte en historia.

—¿Bromitas tenemos, eh? parece que se te están olvidando ya esas ideas negras de hace un rato.

—Tú eres capaz de hacerme olvidar no digo á Manuel y su venganza, sino hasta á mi mujer.

—Algo daría por podértela quitar, no de la memoria, sino de los hombros; nunca me perdonaré la parte que tomé en tu matrimonio.

—No hablemos de eso, Ramon.

—Acaso con Luisa habrías sido feliz.

—Mira, ya que tocas ese punto, voy á hablarte con toda la franqueza de amigo; prefiero haberme casado con María; creo que el hombre que no se une á la primera mujer que amó es dichoso, porque cuando el recuerdo de ella viene como un rayo de luz á iluminar ciertos momentos de la vida, el corazón se abre como una flor para recoger una gota de rocío, y guarda esa memoria con un placer indefinible; todo lo que se refiere á esa mujer es encantador, poético, celestial; es como una dulce armonía perdida en el espacio y que se oye aún con los oídos del alma; vas á reírte de mí, Ramon, la imájen de la mujer que nos inspira el primer amor, es á mi modo de ver el ángel custodio de que nos hablaban en la

infancia nuestras madres y que nos acompaña por donde quiera que vamos. Luisa está lejos de aquí, se halla unida á otro hombre á quien no le envidio su dicha; para mí es el mismo ángel de mis primeros ensueños de amor, un ser ideal que no pertenece al mundo, una alma unida á la mía por lazos invisibles y misteriosos, y que se confundirá con ella cuando ambas se desprendan de sus mortales envolturas. Algunas veces, en el silencio de la noche, oigo algo como un suspiro sienta un aire leve que acaricia mi frente; mi alma se dilata, un bienestar indefinible se apodera de mí; es que sueña conmigo, su alma recorre la distancia que nos separa y viene en busca de la mía. Entónces, Ramon, es cuando creo que en el amor puro y verdadero hay algo de divino, entónces cuando me convengo de que nuestras almas son una emanación de la esencia de Dios. ¿Te acuerdas del retrato que hice de ella? Le he roto; la encontraba fea allí; sus ojos, esos ojos de una expresión tan dulce y de un brillo de fuego nada me decían en aquel retrato; miétras que los que tengo aquí—concluyó el pintor tocándose la frente y el corazón—me brindan con tesoros de dicha y de ternura.

—¡Amor de artista!—contestó Ramon—yo por mí te sé decir que de todas las que he querido me acuerdo con cierto placer, y que ya tendría que perderse mi alma si había de confundirse con todas las que la buscaran en la otra vida, á ser ciertas las locuras que sueñas. Afortunadamente las sueñas despierto y lejos de María, que si te diera por soñarlas dormido y eres sonámbulo, te despertaba de tus dorados ensueños el cachete mas furibundo dado por femenina mano de nuestra madre Eva acá.

—Ahí tienes la justificación de mis locuras, como tú las llamas; ve á tener amor ideal por una mujer que puede darte un cachete ó aplicarte un pellizco á la hora ménos pensada.

—En esa parte tienes razon, Mauricio; pero hablando, hablando, aquí nos tienes ya en la puerta de tu casa.

—Sube.

—¡Dios me libre! Seria capaz de arañarme María, culpándome de tu tardanza.

—¿En qué quedamos?

—En que harás buen uso de las planchas y dejarás á Nerón con un palmo de narices.

—¿Y si manda nuevas?

—Les dás por trámite: *al archivo*.

—Me parece muy bien.

—Acuérdate de nuestro plan de conducta, adios.

—Gracias por tus buenos consejos, y hasta la vista—contestó Mauricio estrechando la mano que le tendia su amigo, y entró al patio de su casa pensando en la tempestad que le amenazaba en el hogar doméstico.

LXXVI.

La serpiente.

Al dia siguiente muy temprano recibió Mauricio una esquila en que se le suplicaba se encontrara en cierta casa de la Rivera de S. Cosme, con el objeto de hacer el retrato de una persona que acababa de morir, y cuyas facciones, desfiguradas por la enfermedad y por la muerte, querian conservar á toda costa sus deudos.

El pintor celebró mucho una casualidad que le proporcionaba ocasion de sustraerse á la escena matrimonial que sin duda se le preparaba con motivo de la plancha de la logia, tanto mas cuanto que su causa ante María se habia agravado enormemente por su brusca salida del dia anterior y por su injustificable tardanza. Tomó, pues, con cierto gusto sus lápices y un gran pedazo de papel para hacer el contorno del cadáver, y sin despedirse de su esposa se dirigió á la plaza mayor para ocupar un asiento en uno de esos espantosos carruajes, llenos de insectos, súcios é incómodos, que hacen viajes